

Cultura en un mundo en evolución

Luis Estrada

“Hija mía –decía a mamá–, nunca podré decidirme a regalar a este niño un libro mal escrito.”

En realidad, no se resignaba nunca a comprar nada de que no se pudiera sacar un provecho intelectual, sobre todo ese que nos procuran las cosas bonitas al enseñarnos a ir a buscar nuestros placeres en otra cosa que en las satisfacciones del bienestar y de la vanidad. Hasta cuando tenía que hacer un regalo de los llamados útiles, un sillón, unos cubiertos, o un bastón, los buscaba en las tiendas de objetos antiguos, como si, habiendo perdido su carácter de utilidad con el prolongado desuso, parecieran ya más aptos para contarnos cosas de antaño que para servir a nuestras necesidades de la vida actual. Le hubiera gustado que yo tuviera en mi cuarto fotografías de los monumentos y paisajes más hermosos. Pero en el momento de ir a comprarlas, y aunque lo representado en la fotografía tuviera un valor estético, le parecía enseguida que la vulgaridad y la utilidad tenían intervención excesiva en el modo mecánico de la representación: en la fotografía. Y trataba de ingeniárselas para disminuir, ya que no para eliminar totalmente, la trivialidad comercial, de sustituirla por alguna cosa artística más para superponer como varias capas o “espesores” de arte; en vez de fotografías de la catedral de Chartres, de las fuentes monumentales de Saint-Cloud o del Vesubio, preguntaba a Swann si no había algún artista que hubiera pintado eso, y prefería regalarme fotografías de la catedral de Chartres, de Corot; de la fuentes de Saint-Cloud, de Hubert Robert, y del Vesubio, de Turner, con lo cual alcanzaba un grado más de arte.

Marcel Proust, al revelar un detalle del porte de su abuela, nos muestra un aspecto relevante de su educación familiar: la conciencia de que los actos y las cosas de la vida cotidiana pueden aumentarse para enriquecernos más, ya que generalmente tienen otras caras aparte de la que primero vemos y, por tanto, más posibilidades de aprovechamiento.

No parecerá extraño aquí que para este comentario haya empleado la palabra educación pues sé que ustedes fácilmente aceptarán que tome el comportamiento de la familia Proust como el de una familia educada. Tampoco será raro que diga que esta conducta fue el resultado de un esfuerzo que en forma natural realizan todas las sociedades humanas, ya que ellas educan a sus miembros enseñándolos cómo conducirse en sociedad. Lo que habré de destacar es que el resultado del esfuerzo educativo es muy variado y entonces deberé añadir que el caso de la familia Proust es un ejemplo de una buena educación.

El modo de ser de una sociedad, esto es su cultura, es el resultado de su educación. Es claro que esta labor se concreta de muchas maneras: cada persona forja su modo de ser y cada familia puede caracterizarse por su forma de ser. Sin embargo podemos encontrar rasgos comunes en los modos personales y familiares de ser y así hablar de la cultura de una sociedad. No pretendo emplear el comportamiento de la familia Proust para caracterizar la cultura francesa de fines del siglo XIX aunque creo que estaríamos de acuerdo en que tal familia pertenece a la cultura francesa. La generalización conceptual es un buen procedimiento para

confrontar nuestros saberes y sólo hay que cuidarla de que no llegue a extremos que conduzcan a posiciones absolutas.

La cultura se transmite por la educación y es un atributo dinámico. El acelerado cambio de las condiciones de vida de los pueblos que ahora vivimos y el creciente aumento de la comunicación humana son factores que contribuyen de manera profunda e inevitable a la veloz y precipitada transformación cultural que está ocurriendo. La cultura francesa, si es que todavía puede hablarse de ella, ya no es la de los tiempos de la familia Proust. ¿Qué caracteriza a la cultura actual? ¿Tiene sentido esta pregunta? ¿Los cambios culturales nos están llevando a un uniforme modo de ser? Me atreví a dar esta plática porque deseo promover una reflexión permanente en nuestro Seminario que busque comprender mejor nuestra cultura. Empero, por el momento sólo esbozaré, en forma todavía hilvanada, algunos temas que podrían estimular estudios que puedan plantear y aclarar ciertos problemas del campo de la cultura actual. No sobra asentar que lo que sigue son sólo reflexiones personales que repetiré aquí en voz alta.

La cultura es el resto del comportamiento de un grupo humano. Siendo un resto todavía se quiere ver como una colección de sedimentos de una laguna formados por un lento proceso derivado de la recolección de aguas en un lugar que favoreció su acopio. Aprovechando esta imagen diré que ahora la laguna se ha convertido en un lago que se ha conectado con otros lagos y con ríos cercanos por lo que no sólo el agua se mueve sino sus sedimentos también, aparte de que se revuelven y aumentan. La modificación más importante del poso proviene de la llegada de materia del exterior pues introduce novedades y reacciona con mucho del material anterior. Sin embargo en el lago actual también pueden distinguirse sedimentos, sólo que no están quietos. En ellos se conserva mucho de lo que antes había aunque ahora se han enriquecido. Es innegable que mucho sigue revuelto y que hay algo que difícilmente se incorporará pues parece ser antagónico a lo de ayer pero esto no destruye la estructura sedimentaria. Lo que parecía agua estancada que abrigaba un preciado poso es más bien una componente de un extenso y complejo sistema hidrodinámico.

La cultura está fincada en la experiencia ganada en la larga lucha por sobrevivir. Mucha de ella es sólo acción rutinaria, imitación y actividad “hecha sin pensar”, lo cual no le resta calidad alguna. Bañarse, usar apropiadamente los cubiertos en la mesa y manejar conservando la derecha son cualidades culturales muy apreciadas en muchos países. En otros usar una tarjeta de crédito, arreglarse “a la moda” y hablar por un teléfono celular son también atributos culturales, ahora más que apreciados, indispensables para la vida cotidiana. Empero el ser humano ha triunfado, al menos como especie, en su lucha por la supervivencia y ha añadido a su cultura muchas más acciones que hemos reconocido como muy refinadas, exquisitas.

El humano ha creado las artes, la ciencia y otras obras que lo enorgullecen a la vez que deforman la apreciación de sus logros. Para muchos la cultura es sólo lo vistoso, lo inusual, lo particular, lo exquisito y en nuestro medio es todavía común identificar la cultura con las bellas artes. El “hombre culto” es el que va a la ópera, el que distingue el barroco del modernismo, el que sabe quien fue Cervantes, Dante y Shakespeare y el que está enterado de lo exitoso en las principales metrópolis. Es indiscutible que estas dotes son parte de la cultura humana aunque es importante subrayar que sólo son parte de la cultura. En el contexto del modo de ser de un grupo humano, ¿qué tanto cuentan estos exquisitos atributos?

Las noticias que llegan de las grandes metrópolis nos traen asimismo modelos de cultura vigentes. Lo común es que en ellas veamos sociedades compuestas principalmente por personas que, además de la consabida buena condición social y económica, exhibida en forma preponderante por sus bienes materiales, exponen ahora su posición política y su lugar en el manejo de las grandes empresas, esto es, en su ejercicio del poder. Así nos muestran que los pueblos son fuertes porque entre su gente hay muchos poderosos y sugieren que hoy es indispensable la búsqueda del poder. No obstante, como el ejercicio de éste puede realizarse de muchas maneras y en nuestro país tenemos muchos ejemplos de su práctica en forma primitiva, cabe preguntarse si deberíamos impedir la ostentación de tal atributo cultural aunque se aduzca que ahora se comparte, que en estos días el poder ya no está en una sola mano.

Si bien he considerado a la cultura como una cualidad de un grupo, he trasladado mis observaciones acerca de sus particularidades a sus componentes con lo cual estoy apuntando a la idea de cultura individual. Esto es normal y, en cierto sentido, más básico ya que la cultura de una sociedad es el resultado emergente del comportamiento de sus integrantes. Nos es claro que una sociedad es culta porque sus miembros son cultos.

Para hablar de su aspecto individual es necesario recordar que la cultura se conserva y se transmite mediante la educación pues se hereda de manera diferente a la sucesión biológica. Aunque la cultura humana tiene raíces genéticas su transmisión requiere de la enseñanza y el aprendizaje. Los humanos nos integramos a la cultura de nuestros progenitores aprendiendo, ya sea por imitación o sometidos a una enseñanza expresa. Dije que la cultura de una sociedad es la resultante de la de sus miembros por lo que debo añadir que esto es sólo una parte de un proceso más complejo, pues la cultura individual es también resultante de la cultura de la sociedad. La razón de esto es clara: si la cultura se transmite al través de la educación los individuos se forman en un ambiente cultural definido.

Sin más aclaraciones respecto a la intrincada relación entre la cultura de una sociedad y la de cada uno de sus miembros hablaré acerca de la educación empezando por recordar que en nuestro medio es común reducir la educación a la labor escolar y que hay quien llega al extremo de actuar como si la educación fuera la sola aprobación de los cursos escolares. No sobra también recordar que aunque todos aceptamos que la educación básica se da en casa, en la práctica lo ignoramos, y que cuando hablamos de una persona bien educada no asociamos muchas de sus cualidades con la escuela.

La educación –la formación personal– es un proceso continuo y permanente. Con ella buscamos dar a los individuos una imagen del mundo en que vivimos así como elementos para encontrar un programa de vida. Su fase más intensa y notable se desarrolla durante los primeros años de la existencia y está fincada, como la cultura, en la experiencia ganada en la larga lucha por sobrevivir. En la formación humana hay que notar que por el lado de la sociedad la acción correspondiente es enseñar mientras que para el individuo lo tocante es aprender. La enseñanza es ineludible y mucha de ella está organizada y regulada en la mayoría de los países. De esto sólo diré que seguimos aceptando cambios: estamos empezando a tener en cuenta al impartirla a los niños que ellos, en forma natural, han aprendido y saben mucho más de lo que tradicionalmente se les ha reconocido. Comenzamos también a aceptar que es necesario establecer restricciones claras en el control de las mentes y cuerpos de los infantes.

Lo referente al aprendizaje es más complejo ya que las personas, aparte de las oportunidades locales, sociales y económicas que tengan para aprender, están dotadas de distintas facultades y diferentes grados de inteligencia. Empero, en la práctica, el mayor problema para aprender es la falta de deseo, interés o motivación para hacerlo. La pobreza, la malnutrición, las enfermedades y otras calamidades agravan el problema aunque no son su única causa.

Es evidente que lo dicho es válido para grandes y chicos aunque en el caso de los mayores podrían añadirse otros problemas como serían la escasez de oportunidades, las dificultades para aprovechar las existentes, el cansancio, etc. Sin embargo la adición de dificultades no cambia sustancialmente el panorama que he esbozado máxime que ahora hay más razones para seguir aprendiendo: la necesidad de actualizarse, el adquirir nuevos conocimientos y habilidades, el aprender nuevas técnicas, etc. También podría aducirse que con la edad se adquiere una mayor conciencia de superación personal y esto, aunque poco frecuente en nuestro medio, es de especial relevancia.

Como he dicho la educación es un proceso permanente pues la necesidad de saber más es inagotable. El humano, al ir saciando su urgencia de conocer el mundo que le rodea, descubre que éste es muy vasto, complejo y atractivo. Encuentra también que el conocimiento capacita y confiere autoridad. El humano es un explorador nato, un ser curioso por naturaleza. Sin embargo esta cualidad no se conserva ni se desarrolla por sí sola; su práctica requiere de apoyo, ayuda y orientación y es aquí donde se necesita la enseñanza expresa. De este modo aprendemos que nuestro mundo puede comprenderse aprovechando esquemas de organización, que el conocimiento se puede conservar y acumular y que hay mucho a nuestra disposición. Así descubrimos que en el mundo que habitamos hay distintos panoramas y diferentes enfoques para apreciarlos, que su conocimiento está fincado en muchos niveles y presentaciones. La misma enseñanza nos muestra las huellas de la obra humana a la vez que sus motivos de conservación. Igualmente descubrimos que mucho ha quedado por casualidad, por suerte dirían algunos, que más se ha preservado por un esfuerzo especial de nuestros antecesores y que hay algo que permanece por obra de gran cariño y aprecio. Si bien el conocimiento de nuestro entorno es una necesidad vital, la curiosidad nos lleva a la abundancia del saber y al placer de vivir.

La formación personal se realiza en un ambiente cultural determinado, ya sea en forma directa –la acción escolar principalmente– o por la influencia indirecta de la vida de la sociedad –los medios de comunicación y las actividades culturales, fundamentalmente. Es claro que en nuestro medio la educación de los niños y la mayoría de la gente se recibe de la televisión, la casa y la escuela, en este orden si a influencia nos referimos. En el caso de muchos adultos, sobreentendiendo que la acción de la casa y la escuela ya surtieron su efecto, añadiríamos a la televisión los periódicos, el radio, el cine, el ambiente de trabajo, los libros y el teatro en muchos casos, y otros medios de que disponen ciertos sectores sociales –bibliotecas, conferencias, cursos especiales, internet, etc.

En lo que sigue me limitaré a la educación en la edad adulta, esto es la de las personas que ya no estamos inscritos en una escuela. En este caso la formación personal se basa

fundamentalmente en la información. Por una parte, los acontecimientos diarios y sus consecuencias hacen necesaria la revisión permanente de nuestros puntos de vista. Por la otra la labor editorial y otras producciones culturales como el cine nos brindan la oportunidad de reflexionar acerca de nuestras ideas y de afinar nuestras posiciones. Empero debo recordar que la formación personal no es una labor aislada, no sólo porque requiere de otros para obtenerla – que haya quien informe por ejemplo– sino también porque necesitamos verificar, confrontar y ajustar nuestros logros, y ésto no lo podemos hacer solos. No olvidemos que la formación personal, apoyada en la de los demás e integrada en el proceder de la colectividad es la base de la formación de la cultura de una sociedad.

En la formación personal encontramos muchos obstáculos. Mencionaré algunos ejemplos de actualidad.

El primero es el exceso, lo confuso y a veces contradictorio de la información disponible. En nuestra ciudad hay muchos periódicos y en ellos gran cantidad de noticias. La información radiofónica es apabullante. Por otra parte, aunque nos quejemos de la falta de libros cada día sabemos de la existencia de más. Obtener información es también difícil porque ya no confiamos en sus fuentes. Se repite que muchas opiniones que circulan tienen poco fundamento y que un buen número de comunicadores no tiene autoridad alguna. En síntesis, la información es poco segura, confusa y llena de paja.

También se podría mencionar que es común oír afirmar que “todo se politiza”. Para mí no es claro qué se quiere decir con eso aunque sí entiendo que se está señalando que un asunto no está siendo considerado en su contexto propio, que ha sido llevado a otro terreno y se maneja con criterios impropios o que en vez de tratarse directamente se usa para otros propósitos.

Asimismo puede mencionarse que los espacios de análisis y discusión son muy escasos y que aunque nos enorgullecemos de ser racionales nos dominan las pasiones. Decimos que dialogamos y discutimos aunque las razones dadas sólo sean palabras pues nuestras posiciones están tomadas de antemano. Aquí hay que añadir que muchas palabras han perdido su significado propio pues no es raro encontrar que sentencias construídas con vocablos como democracia, solidaridad, soberanía o evaluación no significan lo que propiamente se diría con esas palabras. Hemos abusado tanto del lenguaje que ahora sirve más bien para incomunicar.

Me he extendido dando ejemplos de dificultades y trabas para continuar nuestra formación personal sólo para concretar los problemas que hay que enfrentar. Por lo que se refiere a la búsqueda de soluciones creo que lo conveniente es partir de lo que hay y usarlo como una base para establecer programas de educación para la edad adulta. Es evidente que entre lo que hay destaca la labor de difusión cultural, que efectúa ya mucho de lo que estamos buscando. Sabemos que ella es un labor educativa, de formación personal. Además los difusores culturales son personas de alto nivel en sus campos, bien informados, de buen criterio y con práctica en la comunicación humana. Sus cualidades son las que siempre hemos esperado de los maestros aun cuando no equiparemos la actividad cultural con el desempeño de una tarea escolar. Siendo así podría pensarse que sólo falta un reenfoque, una intención clara para esperar la ayuda deseada.

La difusión cultural es un poderoso elemento educativo por lo que podemos esperar de ella, por una parte, la educación complementaria a la escolar, especialmente para los que ya

dejamos la escuela, y, por la otra, la fuente informativa que nos permita estar al día, particularmente en el acontecer cotidiano y en el nuevo conocimiento de lo que nos rodea. Podemos también confiar en que ella forme el espacio para confrontar saberes y puntos de vista, así como que defina el lugar abierto al diálogo y a la discusión. De la misma labor esperamos la asistencia para encontrar opciones, orientación, elementos de evaluación y otras herramientas que nos ayuden a continuar nuestra superación personal. En fin esperamos de la difusión cultural luces para saber lo que es, para proponer lo que debiera ser y para erigir lo que queremos que sea.

Empero no hay que olvidar que la educación no opera de inmediato. La historia nos muestra que las culturas han tomado mucho tiempo en definirse y que se han sustentado en una acción humana continúa. Por lo tanto tenemos que construir poco a poco, con paciencia y sin descanso, siguiendo los caminos que ofrecen posibilidades de éxito. Asimismo debemos revisar sistemáticamente lo andado, corrigiendo lo que sea necesario. La formación personal es una labor sin fin ligada al quehacer de los demás.

Los comprometidos en la tarea cultural podremos efectuar, apoyados en un programa de difusión cultural como el esbozado, una labor educativa de mucha envergadura y gran trascendencia que generará una sociedad más deseable, a la que no quiero calificar como “cultura” para no exponer mis reflexiones a distorsiones derivadas de los pasados cánones. Deseo insistir en la velocidad de cambio que ahora experimentan las condiciones de la vida humana y en el aumento de la dependencia entre las distintas sociedades, fenómenos que hacen que las culturas actuales sigan una novedosa y compleja dinámica de la que no podemos permanecer aislados.

Hasta aquí mis reflexiones. Para hacer una síntesis de las inquietudes expuestas y refrendar mi deseo de que se estudien con detalle, aprovecharé un cuento de Dino Buzzati titulado “La dulce noche” que resumiré como sigue:

Durante algunos segundos ella guardó silencio sin dejar de verlo con ojos muy abiertos. Llegaban de la ciudad y el silencio de la casa de campo se les hacía exagerado. Un bloque hermético de silencio que parecía ocultar una espera, como si los muros, las vigas, todo, contuviera la respiración. Añadió inquieta:

–Carlo ¿Qué hay en el jardín?

–¿En el jardín?

–Carlo, por favor, ya que todavía estás levantado te ruego que salgas a ver. Tengo la sensación de que...

–...¿Hay alguien? No, por favor. ¿Quién va a andar por el jardín a estas horas?

¿Ladrones? –rió–. Los ladrones tienen cosas más importantes que hacer en vez de andar rondando viejas casuchas como esta.

–Carlo –dijo María sin moverse del lecho, inquieta al verlo inmóvil frente a la ventana– ¿Quién está ahí?

Cerró la ventana, dejó abiertos los postigos y se dirigió hacia ella:

–Nadie mi amor. Hay una luna espléndida. Nunca he visto una paz igual.

. . . En ese instante, en el extremo sudeste del jardín bajo la sombra que proyectaban las hayas, se entreabrió la cobertura de una trampa disimulada en la hierba; se hizo a un lado y dejó libre la boca de una galería subterránea. De un salto, emergió un ser tosco y negruzco que corrió en zigzag frenéticamente.

Colgada de un tallo una langosta recién nacida descansaba feliz, el tierno abdomen palpitando graciosamente al ritmo de la respiración. Los garfios de la araña negra se clavaron rabiosamente en su tórax y lo despedazaron. . . .

De pronto, a lo lejos, quedó en silencio el Caruso de los grillos, bestialmente atrapado por un topo. En el seto se apagó el fanal de una luciérnaga, roída por un escarabajo. El canto de la rana se volvió un sollozo cuando lo engulló una culebra. Y la mariposita de luz no volverá a batir contra los cristales de la ventana iluminada: se retuerce con las alas deshechas en el estómago de un murciélago.

Terror, angustia, desgarramiento, agonía, muerte para miles y miles de criaturas de Dios: esto es el sueño nocturno de un jardín de treinta metros por veinte. . . .

María se agita en el lecho y profiere murmullos incomprensibles. Luego abre los ojos espantada:

–Carlo si tú supieras qué sueño tan terrible he tenido: soñé que afuera, en el jardín, estaban matando a alguien.

–Vamos, cálmate mi amor. Ya me voy a dormir también.

–Carlo, te vas a burlar de mí pero todavía tengo esa extraña sensación; no sé, como si afuera, en el jardín estuviera pasando algo.

–No pasa nada. Deliras...

–No me digas que no, Carlo, por favor te suplico que des un vistazo allá afuera.

Carlo mueve la cabeza, sonríe, se levanta, abre la ventana, mira.

El mundo reposa en una inmensa quietud, inundado por la luz de la luna. Aún perdura una sensación de encantamiento, una languidez enigmática.

–Mi amor, duerme tranquila. Afuera no hay alma viviente. Nunca he visto una paz igual.

Con frecuencia pienso que, en lo referente a la educación en la edad adulta, somos como Carlo. No negamos la necesidad de ella aunque pensamos que podemos vivir tranquilos sin aumentarla. Reconocemos que hay momentos en que su debilidad nos intranquiliza, pero eso no debe ser para tanto: podemos recuperar la tranquilidad, aunque cedamos en algo. Si alguien se preocupa por mayor formación personal habrá que ayudarlo con lo que ya tenemos, como habrá que tranquilizar a María.

Si además suponemos que Carlo es conciente de que algo pasa en el jardín, esto es, si algo sucede en otro lugar, tampoco será muy preocupante pues eso ocurre afuera, es cosa de otros y la reconsideración que él haga de la inquietud de María le confirmará que ésta no tiene causa real, que ella delira.

Que yo piense que somos como Carlo puede no tener ninguna importancia. Sin embargo espero que la consideración cuidadosa de las inquietudes que aquí he expuesto sirvan para

aclararme si la inquietud de María no es más que un delirio.